



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VII – Paladín de doncellas

22 – Shîha desencadenado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

22 – Shîha desencadenado

“Yauán, el monje maldito, acompañado de Bartacûsh, Fort-Macul, y Shîha, su prisionero; siguiendo las sugerencias del capitán franco Sâjer, se dirigieron hacia Sîs, la ciudad del *babb* Francis. En el camino, se hallaron en medio de una hermosa y florida campiña que, con el suave canto de los pájaros, y un riachuelo cercano, invitaba a reponer fuerzas y hacer un alto para comer y descansar de las fatigas del viaje...”



Marchando sin prisa, llegaron¹ a la orilla de un riachuelo, el Irmaq. Aquel paraje estaba rodeado de árboles y floridas praderas; los pájaros cantaban, celebrando la unicidad del Creador. En fin, que, ante ese espectáculo tan agradable y bucólico, hasta el mismo Yauán, no podía quedar indiferente.

- ¡Por mi religión, en verdad que éste es un sitio placentero! –exclamó Yauán– Esto sí que es un regalo para la vista y calma para el corazón. Sería buena idea pasar aquí la noche. Vosotros dos –continuó dirigiéndose a Mu’ayyaq y a Bartacûsh–, acercaos al pueblo de ahí al lado a buscar unos cuantos odres de vino viejo... Y no dejéis de traerlos un cordero para hacernos esta noche un buen méshui.

Al poco rato, los dos compadres estaban de vuelta con las provisiones; encendieron la hoguera, y pusieron a asar el cordero; escanciaron el vino y toda la banda comenzó con entusiasmo a vaciar los jarros, mientras esperaban a que el cordero terminara de asarse. Los brindis duraron hasta la noche; ¡así que podéis imaginaros en qué estado se encontraban a esas horas! Mientras tanto, Shîha, siempre encadenado, contemplaba esta escena con ansias; el olor del cordero asado le cosquilleaba en la nariz y se le abría ferozmente el apetito. Como ya no podía más, le llamó a Yauán:

- ¡Por el amor de Dios, hijo de Asfut, dame un trozo de carne! ¡Hace días que no pruebo bocado!

- ¡Como si revientas con el buche abierto, cabroncete! –le replicó el maldito monje, lleno de malevolencia.

¹ Empieza aquí el relato en donde lo dejamos en el capítulo anterior, refiriéndose al Monje Yauán, a Bartacûsh, a Fort-Macul, a Mu’ayyaq y al pobre y encadenado Shîha, junto con los diez patricios de la tropa franca de Sîs, que les había dejado para su guardia el capitán Sâjer.

Para entonces, Mu'ayyaq y Fort-Macul ya estaban totalmente borrachos y dormían el sueño de los justos; Yauán y Bartacûsh, con voz pastosa y atrancándoseles las palabras, daban muestra de no estar en mejores condiciones. De hecho, no tardaron en quedarse dormidos, con el profundo sueño de los ebrios. En ese momento, los patricios se precipitaron sobre los restos de comida, hartándose de la carne de cordero y vaciando todos los pellejos de vino que quedaban intactos, y lo hicieron tan a conciencia, que al poco rato ya estaban tan inconscientes como el resto. Shîha, al ver el campo despejado, se arrastró hasta el fuego, y acercando sus ataduras a las brasas; la cuerda no tardó en consumirse, dejándole libres los brazos. Rápidamente se deshizo de las cadenas que le trababan los pies, y, al cabo de un largo y paciente esfuerzo, consiguió quitarse las abrazaderas de hierro de los tobillos.

Shîha, nada más verse libre, se deslizó, con el sigilo de un lobo, hasta donde dormían Yauán y Fort-Macul, decidido a liquidarles de una vez por todas; pero, justo en ese momento, el maldito monje –sin duda, advertido por su señor, Satanás– se despertó y dando gritos como un poseso, despertó a todos los demás.

- ¿Qué te ocurre, *abbone*? –le preguntó Fort-Macul.

- ¡*Ghandars*, Shîha se ha escapado! ¡Atrapadle!

En efecto, echando una ojeada alrededor, descubrieron a su cautivo que huía a todo correr a través de la explanada, más rápido que un avestruz macho. En el acto, todos se lanzaron a perseguirle y no tardaron mucho en darle alcance, cercándole en la orilla del río. Viéndose sin escapatoria, Shîha no se lo pensó dos veces: se lanzó de cabeza al agua y desapareció ante los ojos de sus perseguidores. Estos, tras esperar un buen rato, concluyeron que se había ahogado y regresaron para informar a Yauán; pero éste, siempre desconfiado, pasó el resto de la noche y todo el día siguiente buscándole vivo o muerto, aunque sin resultado alguno.

- No merece la pena seguir aquí, *abbone* –intervino Fort-Macul– Este río es tan profundo y lleno de rápidos, que hasta un camello con toda su carga podría desaparecer sin dejar rastro; así que menos veo cómo ese mierdecilla de Shîha podría salir sano y salvo de esas aguas.

- ¡Ya! –refunfuñó Yauán– ¡Ese mierdecilla, como tú dices, es un auténtico demonio: si alguien es capaz de salvarse de una situación así, ese es él, y aún mucho más!

Rumiando sombríos pensamientos, se pasó el día vigilando las márgenes del río; pero, al caer la tarde, y cuando sus compañeros se disponían a pasar allí otra noche, Yauán dio la orden de marchar: quedarse en aquel sitio no les serviría de nada, y les exponía a un posible ataque de Shîha durante la noche, si es que había sobrevivido.

Así que siguieron camino de Sîs, y, cuando llegaron a su proximidad, el rey Francis salió a su encuentro y les hizo entrar en la ciudad con gran pompa. Derramando lágrimas a raudales, Fort-Macul se arrojó a los pies de su huésped.

- Oh, *babb* –gimió– ¡imploro tu ayuda! ¡Los musulmanes han devastado mis tierras y me han arrebatado mi reino!

- Cálmate, mi querido amigo –le tranquilizó el rey Francis–. El capitán Sájer me ha puesto al corriente de la situación y ya he convocado a todo el grueso de mis tropas;

dentro de poco, me pondré a la cabeza de mi ejército y echaré a los musulmanes fuera de tu reino, vengando así tu honor.

- ¡Oh, sí! ¡Tú eres ese que anunciaban los prodigios y la profecía! –exclamó Yauán.

Pues bien, el rey Francis se ocupó de consolarlos, ofreciéndoles una hospitalidad digna de reyes; luego se dedicó a reunir a sus tropas y a ponerlas en pie de guerra, preparando el contraataque.

Y mientras tanto ¿qué había sido de Shîha? Pues, después de arrojarle al río, había estado nadando entre dos aguas, hasta colocarse bajo el ojo de un puente que había no muy lejos y, como el puente era bastante bajo, consiguió esconderse allí hasta el día siguiente por la noche. Cuando sus enemigos recogieron sus bártulos, Shîha salió del agua, tendió sus pertenencias al sol, y se sentó cómodamente bajo un árbol a esperar que se secaran. Pero en ese momento oyó, no lejos de allí, unos lamentos:

- ¡Santa Virgen, ven en mi ayuda! ¡Conduce hasta mí a alguien que pueda llevarme a Sîs!

Rápidamente Shîha se levantó y vio a un joven de unos veinte años, postrado en el bosque, y con todo el cuerpo cubierto de heridas.

- ¿Quién eres tú, *ghandar*? –le preguntó Shîha.

- Yo me llamo Bakrumo, hijo de Paulo, y soy de Sîs –respondió el joven.

El narrador prosiguió así...

El joven, era un muchacho de buena familia, cuyo padre, muerto hacía poco, le había dejado una buena fortuna. Pero este joven descerebrado no tuvo otra cosa que hacer que dilapidar toda la herencia en un abrir y cerrar de ojos en tabernas, burdeles y en el juego, ayudado por todos los parásitos de la ciudad. Resumiendo, que en nada de tiempo se encontró sin un céntimo; de modo que, cuando se enteró de que Fort-Macul preparaba una expedición contra los musulmanes, y que muchos patricios se estaban alistando en Antioquía para enrolarse en su ejército, pues se unió a ellos, empujado por la necesidad de hacer algún dinero y por la esperanza del botín; como es natural, la única recompensa que recibió en aquella empresa fueron los golpes. Con numerosas heridas tras la batalla final, en la que los francos se dieron a la fuga, él había conseguido huir, intentando llegar a Sîs; pero sus fuerzas le traicionaron; incapaz de dar un paso más, se dejó caer en la tierra, clamando socorro, con la esperanza de que alguien que pasara por viniera en su ayuda. Y, como os hemos contado, fue Shîha el que respondió a sus gritos.

- ¿Te queda aún familia en Sîs? –le preguntó Shîha al conocer su historia.

- Sí, tengo un viejo tío, ciego, llamado Abd El-Salîb el Posadero: es un hombre muy rico y sin hijos. Se ocupa de una posada que pertenece al capitán Sâjer, y que él la alquila por un pedazo de pan; pero mi tío no quiere saber nada de mí.

Y el narrador continuó de este modo...

Entonces, una idea comenzó a germinar en el cerebro de Shîha: eliminar a aquel joven tonto, apoderarse de su identidad y aprovechar esa ocasión para introducirse en Sîs, con objeto de vengarse de Yauán y todos los demás. Shîha se había dado cuenta de

que Bakrumo y él eran más o menos de la misma estatura y el mismo aspecto; así que sacó de su saco un trozo de pasta, que tendió a su compañero.

- Toma, trágate este pedazo de pasta, muchacho –le aconsejó–. Eso te va a calmar los dolores y te ayudará a curarte, ya verás...

El joven le obedeció, e inmediatamente pasó a mejor vida. En un abrir y cerrar de ojos, Shîha le quitó la ropa y se la puso él; luego, tras enterrar el cadáver, se dirigió a Sîs.

Cuando llegó allí, preguntó por la posada de Abd El-Salîb. Encontró a su pseudo-tío sentado, tomando el fresco, a la puerta de su establecimiento: el hombre parecía un viejo búho de patas torcidas, y muy ajetreado por la edad. Nada más verle desde lejos, Shîha se precipitó hacia él y, arrojándose a sus pies, comenzó a besarle las manos llorando.

- ¡Ay, tío mío! ¡Ay, qué buena suerte! Nunca creí que volvería a verte.

- Pero ¿quién eres tú? –le preguntó desconfiado Abd El-Salîb.

- ¡Soy tu sobrino, Bakrumo, el hijo de tu hermano Paulo!

- Entonces ¿no te han matado en la batalla de Antioquía?

- No, querido tío: cuando los musulmanes tomaron la ciudad y masacraron el ejército de Fort-Macul, yo pude huir junto con otros. Pero has de saber que sobre mí cayeron todas las desgracias... ¡y ahora que mi padre ha muerto, no tengo a nadie más que a ti en este mundo! –añadió llorando amargamente.

- ¡Ah! ¿sí? ¿y qué esperas tú de mí? –le respondió el viejo, cada vez más a la defensiva.

- Querría que me cogieras a tu servicio, a cambio de que cada día me dieras un trozo de pan; te juro que me he arrepentido de mis errores de juventud y que estoy completamente decidido a enmendarme.

Mientras andaban con esta conversación, un numeroso grupo de curiosos se había formado a alrededor de los dos hombres, atraídos por los llantos y quejas de Shîha; todo el mundo se puso de acuerdo en lamentar la triste suerte del joven e interceder a su favor ante su tío:

- ¡No nos digas que vas a renegar de tu propio sobrino; sobre todo ahora que se ha arrepentido! Sus desgracias le han servido de lección, ya lo verás. No tienes más que ponerle a prueba durante unos días, y así podrás darte cuenta de si ha cambiado y, podrás decidir en consecuencia. Además, tú ya no eres tan joven, y siempre es bueno contar con alguien que se ocupe de la clientela, y éste sólo te costará un sitio donde dormir y la pitanza...

- Está bien, está bien –terminó por dar su brazo a torcer el viejo– ¡te voy a coger a mi servicio, pero más vale que te portes en derechura!
